



4. “Asalto” a las instituciones y democracia radical

¿Asaltar las instituciones?

Jorge Lago

Pensar la relación de Podemos con las instituciones es, claro, pensar la cuestión del poder. Una reflexión del todo punto necesaria pero que corre siempre el riesgo de conducir a la impotencia y la inacción: sabemos que el poder no reside en las instituciones, o no todo él ni aquel, quizá, con más capacidad de decisión y transformación; sabemos que la política institucional está dominada o sobreterminada por instituciones no democráticas que gobiernan, en una sombra cada vez menos oscura pero no por ello implacable, el destino de los Estados, las sociedades, los pueblos. Sabemos, también (¡cómo no saberlo!), que las relaciones sociales se estructuran en torno a procesos deslocalizados, anónimos y de los que las instituciones son muchas veces simples espectadoras. Sabemos, en fin, que la trama de intereses, posiciones, relaciones de subordinación y explotación que conforman el orden social desbordan el marco institucional y hacen sospechar de sus límites para el cambio político y social.

Sabemos, sí, todo esto, y corremos el riesgo de partir de esta constatación para acabar en el perverso y demasiado conocido *confort* de lo inalcanzable, que se despliega siempre en una dualidad paralizante: la aparente imposibilidad diagnosticada del cambio refuerza su deseabilidad (y su necesidad moral, ética, histórica) pero anula cualquier forma de paso al acto, de realización o comienzo: ese futuro que nunca puede empezar y nos devuelve a un presente eterno, permanentemente repetido.

Deseo y victoria

Para pensar la relación que ha mantenido Podemos con las instituciones — como vía posible de acción política transformadora — es prioritario atender antes a la forma en que este despliegue de la imposibilidad ha sido neutralizado, o al menos contenido. Dicho de otra forma, conviene explorar las razones y raíces de la voluntad de victoria o el deseo de ganar, relativamente inéditos en los espacios militantes y políticos contestatarios, tradicionalmente marcados por el repliegue en la imposibilidad o, como señala Žižek, en la respuesta

histórica. Si la histeria es definida por Lacan como el deseo de mantener el deseo insatisfecho, es decir, buscar y anhelar la imposibilidad como estructura deseante, la política asediada por la respuesta histérica sería precisamente aquella que habría adoptado la pérdida o la imposibilidad como la estructura misma del deseo: la transformación o mejora de las condiciones de vida de las mayorías (el deseo) sería precisamente aquello que no debería ser satisfecho (mediante la victoria en alguna de sus formas y variantes) gracias a una identidad anclada en ese repliegue del imposible paso al acto (imposible pero necesaria realización del deseo). La impotencia se vuelve identidad (somos aquellos que no podemos ganar), y la acción política, refuerzo de esa identidad (los símbolos, canciones, frases y relatos de esa derrota). Cualquier posibilidad de victoria se vuelve, así, una amenaza a lo que se es (deseo de no realizar el deseo) y cualquier paso al acto (acción política de masas), un riesgo de dejar de ser lo que se es (la trágica pérdida de la identidad).

La novedad es la crisis orgánica

Es por otro lado evidente que esta *superación* de la imposibilidad, esta ruptura con la identidad de —y en— la derrota en la que las fuerzas políticas contestatarias se refugiaron durante el duro invierno neoliberal, no puede entenderse como simple asalto de una nueva voluntad de poder, surgida de la nada o de la superioridad moral o intelectual de un nuevo sujeto político, sino como expresión y a la vez desencadenante de una forma de crisis. Es, podríamos decir, resultado y síntoma paralelos de una respuesta social (15M) y política (Podemos, candidaturas municipales de unidad popular, etcétera) al agotamiento de un régimen, el del 78. O, por utilizar la expresión gramsciana de la crisis orgánica, podríamos decir que la pérdida de hegemonía tanto de las elites como de sus relatos fuerza la reconfiguración de todo el campo político-discursivo: si las posiciones y discursos se toman y emiten siempre mediante un juego de diferencias y oposiciones, parece claro que rotas las posiciones dominantes (incapacitadas para seguir nombrando la realidad y generar un relato que cohesione y movilice a la mayoría social), quedan a su vez huérfanas de referentes diferenciales las posiciones antagonistas (muchas de las cuales creyeron que con la simple quiebra de los discursos dominantes llegaba por fin su hora — ¡la espera de los justos! sin cambiar nada —). De ahí la necesidad (evidenciada en el 15M) de toda una refiguración del discurso (¡de todos los discursos!) que acaba alterando profundamente los ejes —horizontal y vertical— de la ordenación política española: del par izquierda/derecha al de elites/ciudadanía; de la oposición instituciones/movimientos a la posibilidad del asalto institucional de un partido-movimiento. Es esta reconfiguración de las posiciones la que hace emerger la posibilidad de la victoria como horizonte inmediato, no desplazado sino presente: se puede pensar en ganar.

“... la pérdida de hegemonía tanto de las elites como de sus relatos fuerza la reconfiguración de todo el campo político-discursivo.”

Ganar para qué

Pero ganar para qué, se nos pregunta no pocas veces —dejando entrever una crítica ante el vacío posible de la respuesta—. Una pregunta que, de nuevo, corre el riesgo de situarnos en la casilla inmóvil de salida. No porque no haya respuesta, sino porque es una mala pregunta que obliga a una mala respuesta. Y es que cualquier atisbo de respuesta va a estar asediado, una vez más, por

la imposibilidad, pues solo podemos responder mediante un relato imposible de narrar de antemano: ¿qué se va a hacer?, ¿cómo?, ¿qué pasos se darán y a dónde conducirá cada uno de ellos para delinear los siguientes? ¿Qué capacidad tendremos de realizar esos pasos, qué fuerzas se opondrán, qué cambios y acontecimientos tendremos que enfrentar? Preguntas que fuerzan siempre a un relato preciso, lineal y con desenlace conocido, que se sustituye tanto a lo concreto de las relaciones de fuerza cambiantes de cada momento, como a las posibilidades de actuación siempre distintas. En definitiva, un relato que niega la incertidumbre e imprevisibilidad propias de lo real, y que requiere de una narrativa en la que todas las acciones, todos los personajes y todas las escenas de la historia que se cuenta acaban quedando determinadas por un objetivo último que las explica y determina. Como si la historia estuviese o pudiese estar escrita de antemano. Como si, en definitiva, la política fuese el mero desplegarse de un relato previamente escrito donde los sujetos son simples personajes de una ficción con decorado inmóvil.

15M: ficción y conflicto

Esta ruptura con los relatos lineales y las preguntas totalizantes es crucial para entender no solo Podemos, sino la naturaleza del ciclo de movilizaciones que se inicia simbólicamente con el 15M pero que lo trasciende tanto en España como en las formas políticas antagonistas que hemos visto surgir en el Mediterráneo, con el ejemplo de Grecia a la cabeza.

Es quizá ya un lugar común entender el 15M como un momento de ruptura con las formas ideológicas previas a su irrupción. Pero quizá sea menos común entender que esta ruptura no se explica como antesala de una sustitución, desde la lógica lineal de la sucesión de narrativas: unas filosofías políticas en el lugar de otras bajo una línea más o menos constante y evolutiva. Algo inédito acontece en torno al 15M: la quiebra de una forma secular de representación y, con ella, de desplazamiento del conflicto político y social. Lo que se rehuye en el 15M no es solo, creo, una u otra ideología, una u otra forma de representación política. Hay algo de fondo que atañe al mismo gesto representativo, ese que opera mediante el desplazamiento permanente de la política al espacio resolutorio de la narración. Resolución del conflicto antes siquiera de habitarlo y operar

en él, solución en forma de relato explicativo toda vez que salvífico: progreso, comunismo, anarquismo, socialismo, huelga mítico-revolucionaria, movilización social disruptiva, pero, también, estado estacionario, contrato social definitivo, mercado perfecto o mano invisible armonizadora. Tantos relatos como filosofías políticas encontremos y, por supuesto, con sus formas adaptadas al presente: salida del euro, acumulación de fuerzas definitiva para una ulterior traducción política, futura igualdad real dada una igualdad de oportunidades otorgada por el *Welfare* como horizonte único y último, etcétera. Siempre relatos que hacen como si la salida *futura* estuviera preescrita y diseñada, pero que quedan relativamente mudos para operarla y declinarla en *presente*. No, no hay salida más allá del presente porque no hay representación posible de la solución (y por tanto evitación) del conflicto. Esto, lejos de llevar a un repliegue nihilista o a una pulsión individualizante, sitúa a la acción política como centro ineludible, como núcleo traumático que no se deja desplazar. *Solo* hay política (solo había, en las plazas, apertura de la discusión y de la acción, sin cierres en falso —con todo lo desesperante que esto pudiera ser—). Entender la política como acción, como efecto de la inevitabilidad de un conflicto que no admite soluciones prefijadas, nos sitúa en dos momentos que han recorrido los márgenes de la movilización sureuropea: el de una forma de verdad no narrativa de la política, y el de la democracia como horizonte presente de la acción (esto es, como práctica y no como objetivo a alcanzar en un futuro que nunca puede empezar).

Democracia y verdad: fin del relato y de la política eludida

Podemos usar el escenario griego de la negociación con la *Troika*, la dramática derrota en forma de tercer *memorándum* y, también, la valoración dada desde las izquierdas europeas, como espacio ilustrativo del despliegue (con su corto circuito sintomático) de estos momentos interconectados: verdad política por un lado, democracia como horizonte último por el otro. Sin espacio aquí para abordar la complejidad de la negociación del gobierno Tsipras con la *Troika*, y la posterior firma del humillante memorándum, sí cabe señalar la disputa entre Tsipras y los partidarios del famoso Plan B (dentro y fuera de Grecia) como la de una oposición entre una aceptación de la inevitabilidad del conflicto político (¡sin escenario de salida!) frente a una narrativa que *resuelve* en la ficción el conflicto de lo real. La actitud de Tsipras es clara: no hay salida, hay relaciones de fuerza y ahora son profundamente desfavorables, no se puede ganar, no ahora. Enfrente, una salida narrativa idealizante que piensa el conflicto ya resuelto por la vía de su desplazamiento a un futuro que ni está dado, ni se le espera: salida del euro, recuperación de la soberanía, autonomía política y económica. Entre una y otra posición, dos formas de verdad: la que Tsipras dirige al pueblo griego (hemos perdido hoy, veremos cómo cambian las relaciones de

fuerza y de qué márgenes de acción disponemos más allá del memorándum), la del *grecxit positivo* a través de un hipotético Plan B como solución desplazada a un futuro imaginado (salida del euro y soberanía nacional... ¿con qué capacidad de financiación?, ¿con qué industria para autoabastecerse?, ¿con qué deuda, con qué consecuencias para la población, con qué soberanía real?). Un desplazamiento apoyado más en la necesidad de la creencia (hay solución, ha de haberla, debe existir un Plan B) que en el análisis concreto (¡y puramente materialista!) de las relaciones de fuerza y las posibilidades reales de acción. No hay más horizonte, plantea Tsipras, que la democracia (nuevas elecciones) y que la verdad política (hemos perdido, *por ahora*). No hay más opción que habitar el conflicto, que siempre se muestra en forma de paradoja: no a la austeridad, no a la salida del euro.

La diferencia esencial con la socialdemocracia

Una verdad que, por otra parte, marca *la* diferencia entre Syriza y la socialdemocracia: la diferencia entre Tsipras y un Zapatero intentando, al final de su mandato, convencer al pueblo español de que la reforma del artículo 135 de la Constitución era tanto buena como necesaria, instalando así, y de manera ya definitiva, el discurso y la práctica socialdemócratas en la austeridad, es decir, en su enterrador. La diferencia entre Syriza y la socialdemocracia no es solo moral o ética, sino profundamente política: sí, hemos perdido frente a Alemania, pero con dos consecuencias, una interna y otra externa, que refuerzan y ahondan, para marcarla a fuego, esa diferencia con la socialdemocracia: hacia dentro convocando nuevas elecciones, manteniendo la movilización popular (en el referéndum previo y en la derrota posterior) y creando o reforzando una identidad popular que nada tiene que ver con elementos identitarios patrios (lo griego frente a lo externo), sino políticos (la democracia y los derechos frente al poder de mando financiero y austericida). Pero, y esto es también sustantivo, ese gesto marca una inflexión hacia fuera: Alemania debe forzar la firma del memorándum mostrando razones puramente políticas, desnudando el relato técnico-económico bajo el que el *statu quo* europeo disfraza la narrativa puramente ideológica de la austeridad. Y lo hace después de un referéndum en el que un pueblo movilizado expresa rotundamente la oposición europea hoy fundamental: democracia o austeridad. Una oposición que, dicho sea de paso, deja sin espacio alguno a las socialdemocracias europeas, toda vez que prefigura un nuevo espacio político transversal y en disputa, al que precisamente Podemos apela mientras nombra y construye.

Acumulación de fuerzas en lo social o vía institucional

Las instituciones, en el ejemplo griego, no se oponen a la movilización social ni a la acumulación de fuerzas propia de las luchas sociales, sino que las refuerzan y amplían. Estamos *más allá* del paradigma dual que

enfrenta instituciones a movilización (“la política está en las calles y no en los parlamentos”), más allá de esa separación artificial entre lo social y lo político. Esta separación opera siempre mediante otro recurso ficcional que hace hoy aguas, ejemplificado en ese momento cuasi mítico del relato en el que lo acumulado en la lucha social (ocupaciones, huelgas, manifestaciones, etcétera) se transformaría en algún tiempo y lugar (ese tiempo y lugar que no termina de llegar nunca, ese futuro que no puede empezar) en fuerza política, en poder institucional.

Creo que el salto institucional que anima la teoría política de Podemos se fundamenta, también y sobre todo, en el cuestionamiento de esa separación entre la construcción de movimiento mediante la lucha social como opuesta a la potencia (o impotencia) de la representación política y la acción institucional. La decisión de presentarse a las elecciones europeas si se recababan apoyos suficientes, ese gesto público emitido desde el Teatro del Barrio de Madrid en enero de 2014, era también el gesto de una desfechitización del momento ideal en el que las luchas y movimientos se transformarían más o menos automáticamente en capacidad y fuerza política. Al menos tres premisas sostuvieron el gesto de Podemos: uno, la movilización está en reflujo mientras que la crisis —la económica y la del régimen político y social mismo— sigue su curso imparabile; dos, la configuración de la sociedad civil autoorganizada con capacidad de autogobierno, en la España profundamente desmovilizadora e individualizante del régimen del 78, forma parte más del mito y la reconstrucción nostálgica de lo que nunca fue, que de la constatación empírica; tres, unas elecciones y una cabeza visible —por mediática— pueden ser elementos fundamentales para la construcción de un sujeto político que no está dado, para el crecimiento de aquello que, además, estaba en ese momento en reflujo: movilización e identificación popular con un proyecto de cambio político, social y cultural.

Vale decir, lo institucional (en este caso un proceso electoral, pero unos meses después se tratará de la ocupación de algunos de los ayuntamientos más importantes del Estado para, por fin, enfrentar las elecciones generales) como momento fundamental de construcción de aquello que las luchas sociales han permitido pero no han podido consolidar: una mayoría social capaz de articularse en mayoría política. Es decir, lo institucional como momento real de ampliación del campo de batalla toda vez que de construcción de lo que no estaba dado por las luchas (¡y menos aún por la crisis!): un sujeto político.

Jorge Lago es responsable estatal de Cultura y Formación en el Consejo Ciudadano Estatal de Podemos.